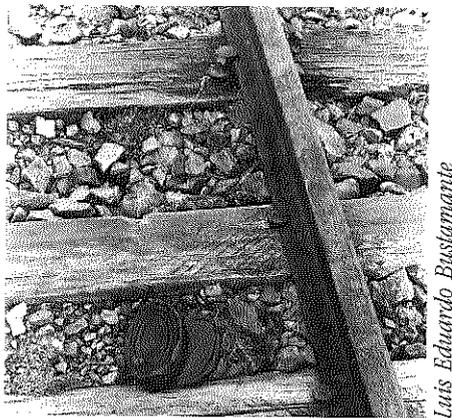


LOS AVATARES DE LA UTOPIA EN UN PROYECTO DE SOCIEDAD

Manuel E Pérez Martínez¹



Luis Eduardo Bustamante

El documento plantea, a partir del contexto latinoamericano, la discusión sobre el proceso de desarrollo socio económico en las sociedades capitalistas. Identifica y justifica la necesidad de una reflexión sobre las encrucijadas en las que se han desenvuelto los escenarios del crecimiento social, vinculación que ha estado ligada al sistema de mercado, generador de desigualdades y exclusión. Este hecho se contrasta con las experiencias de los países industrializados, en los que el desarrollo se ajusta a la racionalidad técnica y a una economía efectiva para la mayor parte de la población; determinándose con ello, la presunción de un progreso aplicado a partir de economías dependientes de variables ajustadas al desarrollo de estos países.

Lo anterior ha generado, por una parte, el drama del desempleo, pero por otra, ha producido, en cuanto al avance de la tecnología, una serie de expectativas insospechadas para mejorar la calidad de vida de la población. Ante este contexto, el artículo precisa la urgente necesidad de retornar a la vinculación social, volver a lo comunitario como una alternativa asociativa y solidaria, en la que podrían reconstruirse los lazos sociales fragmentados por la racionalidad económica imperante, a fin de afrontar con ello, los retos y responsabilidades que nos deparará el futuro del orden social latinoamericano.

¹ Profesor asistente del Departamento de Procesos Sociales y Desarrollo de la Facultad de Estudios Ambientales y Rurales. Pontificia Universidad Javeriana.

Avatar es, en la mitología hindú, una encarnación. Para ser sujetos tenemos que encarnarnos en el orden simbólico: orden del metabolismo social; del intercambio de objetos y de mensajes.

Invocar a la utopía como un elemento inspirador de un proyecto de sociedad no es algo que esté muy de moda. Vivimos dominados, por lo menos aparentemente, por la cultura de lo eficaz, de lo pragmático, de lo verificable. En nombre de esta cultura se ha proclamado el réquiem por las utopías. Opción que no se aprecia como quimera, sino más bien como que no existe, aquí y ahora, pero está en el horizonte como objetivo, como inspiración de algo nuevo que puede existir.

Hoy por hoy, la utopía aparece como recurso, dentro de la encrucijada de barbarie de nuestra sociedad capitalista². Al apostar por la utopía sobre este escenario, debemos ser conscientes que de mantener el actual sistema de mercado, donde todo se compra y todo se vende, se continuarán generando perversiones de desigualdad, pobreza, marginación y violencia.

2. istema, que como lo expresaría Marx, se rige por «una producción capitalista que sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavado al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre» Ver Marx K. El Capital. Fondo de Cultura Económica. 1966. Pág. 423 y ss

Como siempre la historia se repite. Por lo menos en sus hechos más relevantes. De ahí que sea bueno recordar cómo todos los movimientos emancipatorios que han existido a lo largo de la historia de la humanidad surgieron como respuesta a las situaciones de injusticia y de miseria, con la voluntad de proclamar proyectos históricos alternativos y liberadores dentro del sistema social imperante³. Lo que entonces pudo parecer utopía hoy ya no lo es. Nuestra generación tiene el derecho y, sin duda, el deber de proclamar su propio proyecto de autonomía, continuación histórica de todos los que nos han precedido.

A pesar de los pragmatismos y de los desencantos frente a las situaciones difíciles de precariedad, desocupación, nuevas pobrezas, crecientes

3 Dicha experiencia ha sido la manifestación de acciones en las que las sociedades han procurado liberarse de las contradicciones del sistema económico que irónicamente ha permanecido desde el siglo pasado a partir del desarrollo industrial capitalista. Entre aquellas reacciones tendríamos las de clase obrera/ sindicatos, movimientos campesinos y de comunidades locales. Esta tendencia popular hacia la movilización se expresa fuera de la militancia en los partidos políticos tradicionales; cuestión que muestra un proceso espontáneo y directo en la búsqueda por la autonomía, la solidaridad y la participación a través del deseo de los individuos por reapropiarse de los recursos de la sociedad y exigir colectivamente el derecho a lograr su propia identidad ante la exclusión causada por el estancamiento económico y la burocratización. Ver Gunder Frank André. Para una lectura de los movimiento sociales. Cuadernos del Claeh. Revista Uruguay de ciencias sociales. No 42. 1987 y Salter David Nuevos Movimientos Sociales y viejas preguntas políticas en Revista Foro No 8, febrero 1989, Bogotá Colombia.

desigualdades de nuestro mundo, se proponen alternativas. Alternativas que en muchas ocasiones se han silenciado, cuando no perseguido, porque no concuerdan con los intereses y los proyectos del sistema.

Por ello es necesario reflexionar sobre las encrucijadas en las que se han desenvuelto nuestras sociedades; principalmente por su incapacidad para dar respuesta a sus nuevos problemas. Se debe entonces meditar, a través de este escrito, frente a lo no resuelto, intentando proponer alternativas que no se alejen silenciosas del ímpetu de los sectores dominantes, que han ido dejando a millones de personas fuera del orden económico y político de nuestras sociedades.

Las utopías del mercado :Un sistema que genera crisis e injusticia.

Nadie pone en duda que las sociedades modernas han atravesado crisis importantes. En los años setenta de este siglo, el reformismo burgués llegó a su límite. Los problemas del desempleo estructural, la frustración de la política del desarrollo en los países del tercer mundo y la crisis ambiental, no podían ser ya solucionados con los métodos tradicionales que habían empleado. Si se quería solucionarlos, había que tomar medidas que chocarían con principios

sagrados de la sociedad burguesa, en especial el principio según el cual el mercado y sus leyes son la última y la más alta referencia de cualquier política económica. El mercado mundial necesitaba un marco que lo canalizara dentro de los límites de una racionalidad económica que le impusiera el respeto por las condiciones reproductivas, tanto de los seres humanos como de la naturaleza.

Este hecho fue un desafío para la sociedad burguesa, sin embargo en vez de encarar los problemas los negó. El ejemplo, como lo cita Franz Hinkelammert, puede ubicarse durante el gobierno de Ronald Reagan quien sube a la presidencia en 1980. Frente al desempleo, optó por el debilitamiento, e incluso la destrucción, de los sindicatos obreros y de la política de empleo. Frente a la crisis de la política de desarrollo, optó por la supresión y paralización del desarrollo del Tercer Mundo. Cuestiones que dan inicio a una de las décadas más agresivas y destructoras de la historia del capitalismo⁴.

Se trata del origen de una crisis profunda, a la que se le ha calificado, por su carácter específico, como una crisis estructural del sistema e, incluso, de la

propia civilización industrial, que conducida por el cálculo fragmentario del mercado total, ha llevado a la expulsión de grandes porciones de población a las que no les quedó perspectiva alguna de esperanza.

Es este el panorama una maquinaria perversa e institucional. La pregunta es entonces muy concreta: ¿ha llegado al límite la civilización del consumo y la abundancia?. Esta pregunta puede obtener diversas respuestas peligrosamente vagas o simplemente ideológicas, o, incluso de ciencia-ficción.

Lo que no es ciencia-ficción son los efectos, esas secuelas de la crisis, que tienen unas expresiones muy concretas: paros masivos, nuevas formas de pobreza, emergencia de una sociedad cada vez más desigual. Y lo que tampoco es ciencia-ficción, es la incapacidad del sistema para responder a esos nuevos y viejos problemas.

El mercado mundial necesitaba un marco que lo canalizara dentro de los límites de una racionalidad económica que le impusiera el respeto por las condiciones reproductivas, tanto de los seres humanos como de la naturaleza.

¿Cuál es entonces la clave para interpretar esta crisis? En una reflexión, como la que intentamos hacer, deben

abordarse a fondo estas cuestiones que afectan los valores sobre el trabajo, la forma de distribuir la riqueza y sobre las opciones políticas y culturales para vencer las nuevas pobrezas. Ciertamente que no faltan profetas de las nuevas tecnologías que vaticinan la bondad de la época que se avecina, calificándola como la sociedad del ocio postindustrial.

Vamos a prescindir, por ahora, de los nombres con que pueda calificarse esa hipotética sociedad del futuro. Cualquier nombre puede ser útil para hablar de un próximo tiempo que intuimos, pero del que sabemos muy poco. De lo que sí podemos estar seguros es de que algo nuevo se está gestando para bien o para mal. Para bien porque, sin duda, los avances tecnológicos han colocado a la humanidad en el umbral de un posible salto cualitativo de creación de riqueza impensable hace sólo cuarenta años, lo cual constituye una aventura apasionante, desde el punto de vista intelectual, científico y tecnológico, al que la comunidad científica no renunciará. Para mal, porque las profundas transformaciones que empiezan a operarse se están haciendo bajo la ley del más fuerte, sin contemplaciones, reforzándose, al mismo tiempo, las actitudes más insolidarias del liberalismo económico.

¿Puede ser ésta una afirmación exagerada? Pues bien, conviene por ello, dejar claras las ideas. Cuando decimos

⁴ Hinkelammert, Franz. Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión, Departamento Ecuménico de Investigaciones, Costa Rica 1995. Pág. 93 y ss.



que el sistema es incapaz de dar respuestas a los problemas nuevos que se plantean, queremos decir que el mercado total, no es mas que la puesta al día, con lenguaje moderno, de los viejos principios liberales que tanto han fascinado a los neoliberales. En realidad éstos no hacen mas que recoger el soporte ideológico del liberalismo, y afirmar que la identidad entre los intereses particulares y el interés general está asegurada por el mercado y la libre competencia. En efecto, para los economistas el razonamiento no sólo se aplica a las relaciones mercantiles, sino al conjunto de las decisiones sociales del individuo. Así, por ejemplo, la Seguridad Social debe ser sustituida por un seguro voluntario y libre. De igual modo la enseñanza debe ser objeto de compra y venta, según la ley de la oferta y de la demanda.

Es evidente, nos recuerda José María Mardones⁵, que este pensamiento liberal sirve admirablemente a los intereses de la burguesía: para los nuevos economistas la compatibilidad de intereses es espontánea y total y el Estado no es mas que el guardián de las leyes y de la propiedad, haciendo con ello que reine la ley y el orden. En otras palabras, siguiendo a Franz Hinkelammert, este proceso evoca la implantación de un «capitalismo utópico» promotor de una sociedad que presume de no tener ningún conflicto, cobijada, eso si, por la mano invisible, que según los liberales, desde Adam Smith, regirá armoniosamente los mecanismos del mercado y por ende las redes de la sociedad.



Luis Eduardo Bustamante

El liberalismo económico, suntuosa herencia para los pueblos empobrecidos, constituye el fundamento principal de este nuevo imperio, en el que, utilizando la reinterpretación, significa la «desregularización», hasta el máximo posible y de las relaciones políticas y económicas, la marginación y debilitamiento del movimiento sindical con los consiguientes costes sociales que afectan muy seriamente a sectores agrarios y a colectivos cada vez más amplios.

América latina, es el más claro ejemplo. El panorama es más evidente. Nuestra inmersión al mercado total por la vía de las fórmulas macroeconómicas ha ocasionado la crisis de nuestro propio desarrollo, conduciéndonos a un proceso

de crecimiento orientado y predeterminado por la presunción de que el progreso debe aplicarse bajo una economía dependiente de variables financieras de los países desarrollados⁶.

Cuando se da la crisis del desarrollismo latinoamericano durante el decenio del setenta, la discusión sigue fielmente las pautas impulsadas por las sociedades industrializadas. Sin embargo, frente a aquella lucha por el poderío económico en la carrera por el ascenso económico, surgió la alternativa de la «vía no capitalista» del desarrollo. La fortaleza

6 Ver Gilpin Robert. El enfoque liberal del desarrollo económico. en *La Economía Política de las relaciones internacionales*. Grupo editor latinoamericano. Buenos Aires. 1990. Pág. 53 y ss

de este argumento se nutrió de la doctrina marxista en al que existiría la posibilidad de una «producción capitalista a través de la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza : la tierra y el hombre»^{7 8}

De allí que se buscase una sociedad que, evitando la destrucción, llevase al mismo tiempo el desarrollo de la técnica. Pero fueron sólo los países de occidente, incluido los EE.UU y Japón, quienes lograron diseñar esta imagen de

7 Op cit Marx K (1966).

8 Ver Kay Cristobal, *Teorías Latinoamericanas del Desarrollo* en *Revista de la Cepal*, Abril 1991, Numero 43. Santiago de Chile.

desarrollo pleno llegando con ello a asegurar la integración económica efectiva de la mayor parte de su población.

Aquellas sociedades incrementaron estrategias sociales que presuponían un alto crecimiento financiero capaz de arrastrar consigo toda la población e integrarla al sistema de mercado. Sobre esta base se realizaría una política de integración social, en la cual se dio el ímpetu de la democracia liberal. Condición política luego criticada, ya que el modelo había sido incapaz de alcanzar un arrastre total de la sociedad.

Las cifras a partir del decenio de los setenta constatan la crisis, ellas muestran el ascenso del desempleo, intensificándose el número de pobladores expulsados y excluidos de las actividades industriales. Cuando ese desempleo subió, sin ninguna perspectiva de bajar de nuevo en un plazo previsible, el capitalismo chocó con la seguridad social que le había asegurado su legitimidad por varios decenios.

El liberalismo económico significa la «desregularización», hasta el máximo posible, de las relaciones políticas y económicas, y la marginación y debilitamiento del movimiento sindical, con los consiguientes costes sociales que afectan muy seriamente a sectores agrarios y a colectivos cada vez más amplios.

Emergió entonces un mundo caracterizado por el desarrollo desigual. Los países del nuevo desarrollo tampoco lograrían la tan anhelada integración económica de la totalidad de la población a pesar de que estos hayan

conseguido industrializarse con empresas competitivas en el ámbito del mercado mundial. Como ocurre en los países asiáticos. No obstante, el número de sociedades industrializadas no aumentó ni siquiera con estos procesos relativamente exitosos.

Los países ex - socialistas viven el derrumbamiento de sus industrias, y hasta países de desarrollo clásico, como Inglaterra, se mueven en dirección al subdesarrollo. Esto nos conduce a pensar que el mundo se ha estado transformando en un gran enclave industrial inserto en un ámbito caracterizado en su mayor parte por la expulsión y exclusión de la población. Todo el mundo está dominado, sin embargo la dominación no necesita a los dominados sino que los considera como sobrantes y los trata como tales. Este enclave industrial es altamente dinámico en sí, pero no muestra capacidad de extensión más allá de sus límites. Ello ha contribuido a una crisis del sentido del desarrollo, en el que se ha colocado en cuestión todo aquello que desde siglos se había esperado como su resultado: La armonía entre el desarrollo humano y la maximización del crecimiento económico basado en el trabajo.

Esta encrucijada describe un panorama de desigualdad, dentro de lo que parece no hay escape. El paisaje crece bajo los matices profundos del desempleo y la pauperización. Hoy la destrucción de los seres humanos y de la naturaleza coincide con las altas ganancias comerciales fruto de las uniones multinacionales. En ese sentido, la utopía de la consolidación del mercado, con arreglo a su maximización e ideal de competencia perfecta, resultó cada

vez más contradictoria, vaticinando con ello la vestidura fatal de nuestros pueblos. De hecho la utopía de la «competencia perfecta» se transformó en una promesa vacía de futuro, en nombre de la cual cada paso destructivo del sistema es celebrado como un paso inevitable hacia un futuro mejor.

Las consecuencias de la utopía fallida

Afirmar que las políticas en el sistema capitalista producen y segregan situaciones de pobreza, no supone negar unos avances tecnológicos y de creación de la riqueza. Lo mismo que la humanidad avanzó en el campo de la técnica y del progreso durante todo el siglo XIX, dejando tras de sí pueblos y países expoliados en el Tercer Mundo y discriminación en los mismos países desarrollados, ahora se repite la historia.

Es dramáticamente la síntesis a la que podemos llegar, si al revelar la función y realidad del sistema sólo encuentra grandes desigualdades. Conviene ser precisos y no hacer afirmaciones abstractas si realmente queremos comprender el destino de nuestras sociedades y obviamente sin dejarnos llevar por el fatalismo. ¿A qué costos sociales nos estamos refiriendo? ¿Qué nuevos desequilibrios culturales y económicos se estarían emergiendo? Sin ánimo de agotar el tema, y a título sólo de ejemplo, señalo a continuación uno de los síntomas más elocuentes de ese futuro que nos espera, si es que todo continúa como hasta ahora.

La innovación tecnológica versus la actividad laboral humana.

La innovación tecnológica tal como se ha introducido, no sólo supone un aumento espectacular de la productividad, sino

que sustituye a enormes cantidades de mano de obra. En cualquier caso esto provoca y provocará un aumento en las tasas futuras del desempleo. Voces expertas del Banco Mundial y la Organización Internacional del Trabajo nos advierten que, por lo menos, hasta la década de los cincuenta del próximo siglo no se prevén cambios sustanciales en el volumen de desempleo⁹. En lo que no todos están de acuerdo es en el tratamiento que debe darse a la desocupación masiva, tanto la actual como la que puede avecinarse.

El drama de esta realidad lo hemos dicho ya, pero conviene no olvidarlo es que la innovación tecnológica supone en sí misma un gran avance para la humanidad. Las posibilidades de creación de riqueza alimentaria, por citar algún ejemplo, mediante los espectaculares avances de la biotecnología, la sustitución del trabajo humano más pesado por las mismas máquinas, abren expectativas insospechadas para mejorar la calidad de vida, para compartir el trabajo y para la superación de las situaciones de hambre y miseria en el ámbito planetario¹⁰.

El conjunto del análisis que tratamos de exponer hasta aquí, permite llegar a unas hipótesis de trabajo, las cuales parten de suficiente evidencia para afirmar que no se trata de simples hipótesis, sino de realidades concretas y presentes, de problemas planteados y no resueltos en las sociedades del fin del

siglo. Todo ello constituye algunos de los indicadores más significativos del posible escenario socioeconómico y cultural que se perfila para las próximas décadas. Ir más allá de los próximos veinte o treinta años sería exponerse a un riesgo peligroso de simple especulación. Sin embargo, podemos percibir que el futuro deparará condiciones sociales que requieren de urgentes alternativas si nos enfrentamos al aumento de colectivos sociales condenados a una latente exclusión sin retorno, jóvenes sin trabajo, adultos expulsados del mercado de trabajo, jubilados, sectores desarraigados del ámbito rural que se deberán enfrentar a otros sectores bien instalados y ocupados profesional y técnicamente en empleos de alta cualificación y elevada remuneración, incursión de la agroindustria y explotadores de fuentes de reserva natural. Otros colectivos se verán empujados a aceptar empleos marginales, precarios, con escasa o nula cualificación, sin posibilidad de promoción profesional¹¹. Contando también con la cada vez más amplia oferta educativa pragmática, elitista,

11 Algunos datos para América Latina demuestran este hecho. Por ejemplo en países como Brasil o Colombia entre otros, las empresas que están en el rango de las más grandes, necesitan invertir más de US\$ 20.000 para generar un empleo e incluso muchas requieren más de US\$100.000 ó US\$200.000. Además de su propio capital cuentan con el de terceros cuyo uso hace que la remuneración se oriente a ellos. Además hay diversos sectores económicos que destinan el 70% o más del total de las remuneraciones del capital y el trabajo, al primero. Esos sectores justifican la gran remuneración al capital en la necesidad de destinar la mayor parte del ingreso a las inversiones para que se generen los empleos requeridos. Pero en la decisión sobre las inversiones y la definición de los rumbos de la economía, la participación de los trabajadores es mínima, incluso inexistente, en América Latina. Tomado de Lauschner Roque S.J «Algunos planteamientos para la reflexión» en Ética Y Economía. Memorias Seminario sobre las relaciones entre las disciplinas de la ética y la economía. 1993. CINEP. Pág. 7.

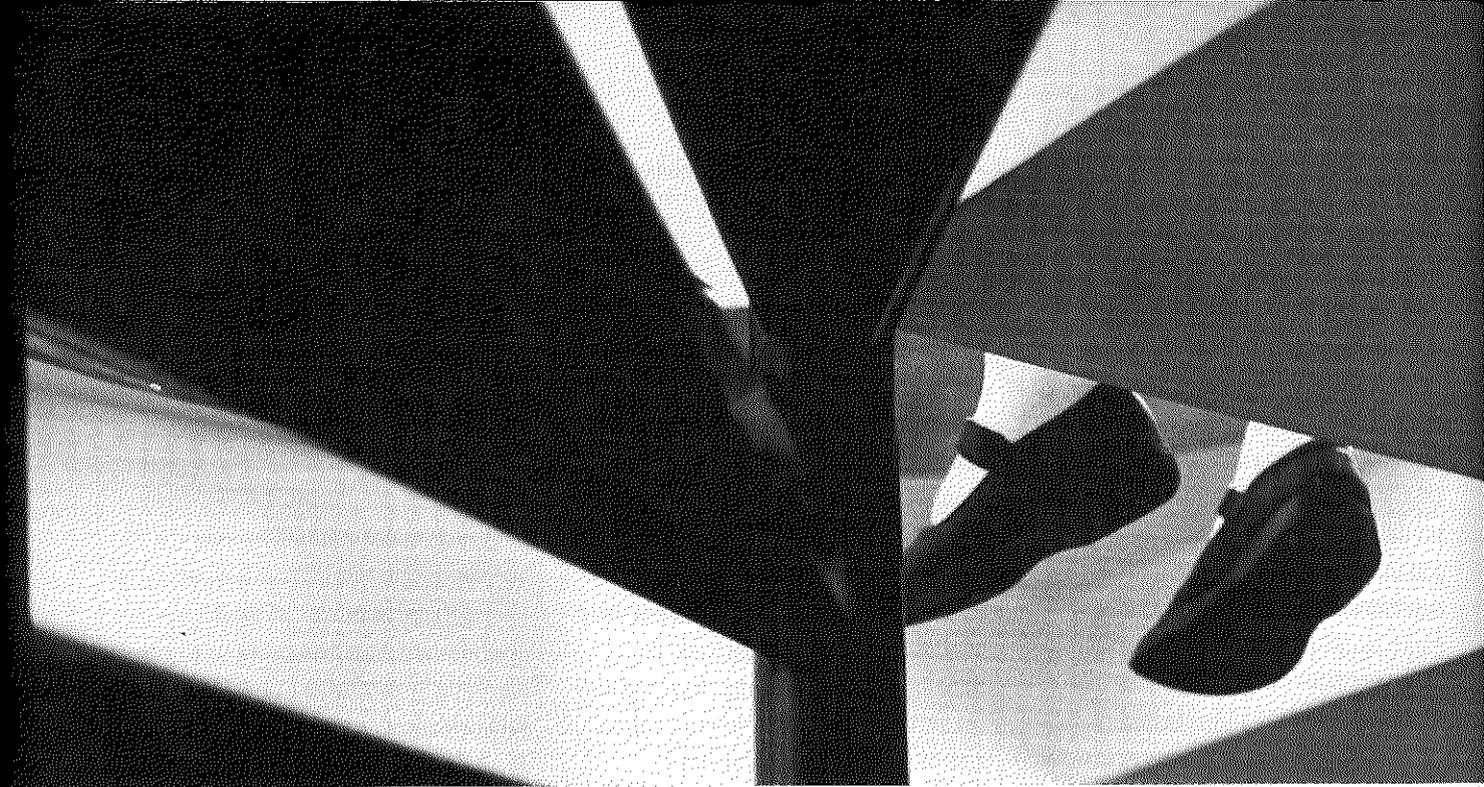
9 Ver Informe del Banco Mundial - OIT, Panorama General y proyecciones del desarrollo de 1990 - 2000. Bogotá. 1991.

10 El precio pagado por este desarrollo ha sido, la mercantilización generalizada de las relaciones entre los individuos, la construcción de un inmenso aparato neutralizador de las diferencias y la disolución de todo vínculo de solidaridad personal. Tomado de Barcelona Pietro. Posmodernidad y Comunidad. Editorial Trotta. Madrid 1996. Pág. 123.

anclada en la insolidaridad y en el triunfo individual, de la que sólo se benefician unos pocos. Una brecha cada vez más ancha y honda entre el Norte y el Sur, con todo lo que ello significa en estos momentos de hambre y desnutrición total para centenares de millones de personas, junto a una inmensa riqueza acumulada en regiones privilegiadas del planeta. Lo cual refleja la estructura de un mundo donde quepamos cada vez menos. Incluso menos transnacionales, se puede desembocar en un proceso agresivo con rasgos de neofascismo a nivel planetario. Esta tendencia de exclusión cada vez más generalizada fomenta un escenario de acumulación siempre más agresivo, donde ni la economía de guerra puede excluirse de los escenarios futuros posibles. Tarde o temprano el rumbo de la economía y el desarrollo tecnológico tiene que reorientarse hacia una regulación económica a nivel mundial. En ella, la incorporación de un sujeto social que supere al homo oeconomicus, funcional a la racionalidad del mercado, debe trascender la progresiva tendencia de los intereses individuales, cada vez menos ajustados a la solidaridad. El camino revela una acción mínima y vital para el desarrollo de un futuro próspero.

La organización solidaria : ¿Un camino posible ?

No cabe duda que la competitividad y el crecimiento no asegurarán jamás la inclusión de todos en el proceso económico. Lo cual es verificable al experimentar cómo ante el aumento de la complejidad de las tecnologías, son cada vez más los excluidos. Por tanto, acaso la salida debe procurar la producción de bienes en condiciones de no-competitividad, lo cual haría recordar al sistema imperante que un producto



Ana María Olivos

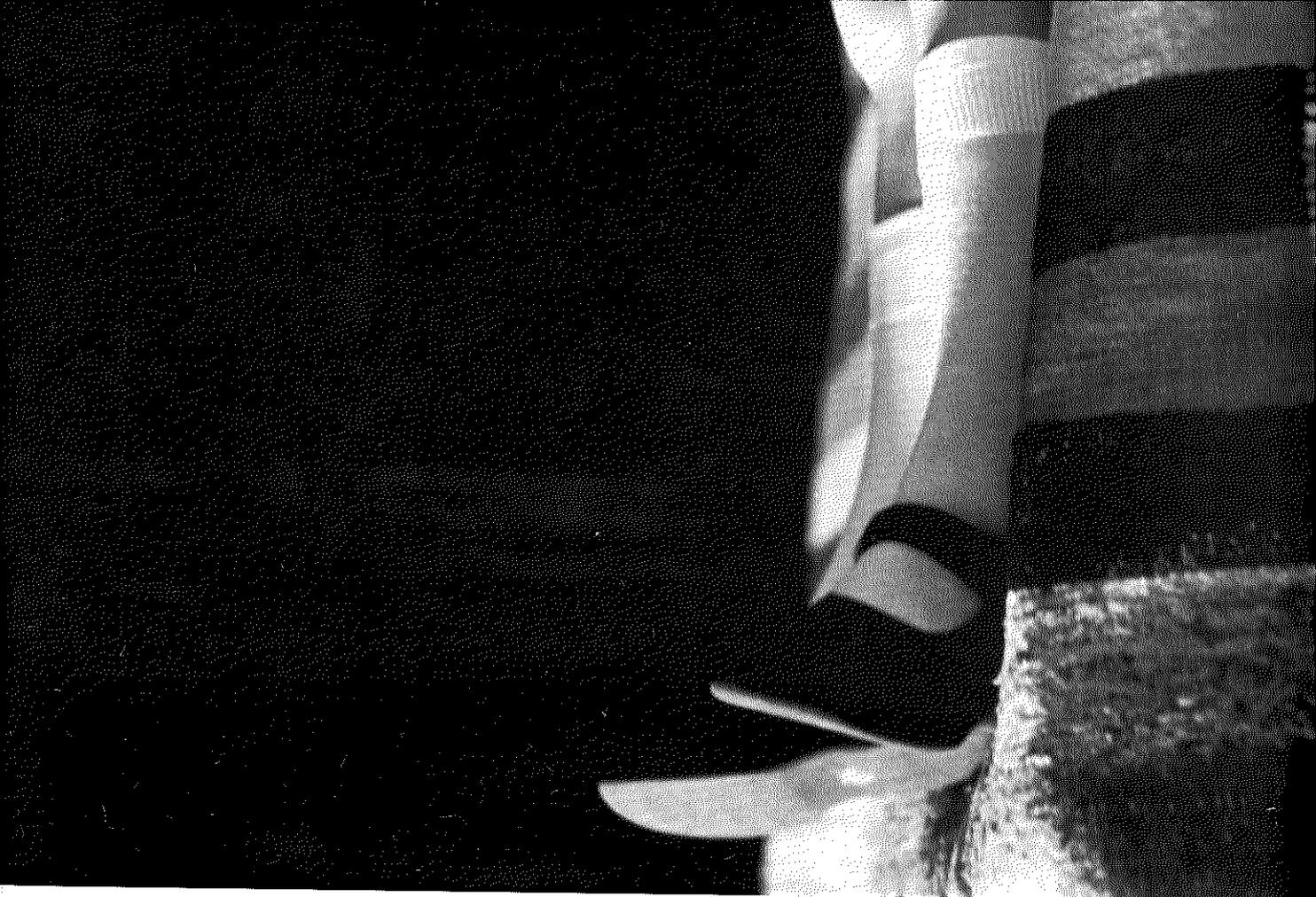
producido en condiciones no competitivas, sigue teniendo un valor de uso. O acaso el trigo producido en condiciones no competitivas pierde su valor alimenticio.

Si hay alternativa, debe buscarse paradójicamente en condiciones de producción no competitivas. Se requerirá en este sentido, espacios económicos que relativicen el rol de la competitividad y que creen espacios de desarrollo en los que el empleo y la distribución adecuada de los ingresos no espere más de un efecto indirecto del crecimiento económico. Ello inspiraría un modelo de asociación totalmente distinto a los ya experimentados en la línea de la integración económica desarrollista. En otras palabras, regresar a la vinculación social. En este sentido y hemos de reconocerlo que cuando el intercambio se convierte en forma general y absoluta de la mediación social, la regresión a formas más auténticas de producción, no implica una sociabilidad total, de la que surjan múltiples determinaciones en la producción y en consumo. Por el contrario, lo que quiero decir con un regreso hacia la reconstrucción lazos

sociales más auténticos, es que aunque la sociedad pueda realizar cualquier actividad y disfrutar de cualquier producto o forma de riqueza, vaya más allá del individualismo, hacia un terreno común donde la alternativa no se de entre individuos y comunidad, sino entre vínculos que se establezcan en una comunidad no querida y fundamentada en el dominio o en la sociabilidad estructural del individuo concreto, sino en la comunicación con el otro, como base necesaria para la confirmación de la identidad de nuestras sociedades. La alternativa hasta aquí planteada se proyecta hacia una vinculación de productividad solidaria, en cuyo seno los agentes económicos no ocasionen desventajas a otros sectores productivos. El objetivo, por tanto, no dependerá de ella misma sino de las personas que las conforman, bajo la instauración de un modelo de beneficio mutuo, no por que sean propietarios del capital, sino principalmente porque son personas dentro de una actividad productiva y en el servicio de todos los fines del hombre; capital que se hace social al impregnarse de humanidad en lo material como de lo espiritual en el proceso productivo.

La alternativa por un nuevo modelo de producción y competencia solidaria, supone un no rotundo al tipo de tejido social polarizado, dualizado del mercado total. Conviene decirlo con claridad, es regresar a una vinculación social en la que opción por un tejido social plenamente solidario supone, en cierta medida, una ruptura con el modelo económico y político actual. Deberá irse hacia formas de participación de base, de descentralización, de desjerarquización, de comunidad en donde las relaciones verticales dejen de existir para dar paso a relaciones plenamente horizontales. Tal proyecto debe incluir formas de convivencia dignas y tolerantes¹² e

12 Devolver un sentido de la vida a cada individuo, con su diversidad, sus exigencias, sus gustos, sus características naturales, sus sentimientos y sensibilidades, es imposible si el problema se sustrae a la discusión y al conflicto, pero no si se sitúa de nuevo al individuo en una colectividad que se mida en la práctica consigo misma y con sus propias metas. Una (re) legitimación fuerte de la autonomía de los individuos de carne y hueso o puede producirse ocultando sus interconexiones con las razones de la comunidad, sino, por el contrario, mediante la plena explicitación de éstas: la constitución esencialmente social del proceso de individualización y el carácter social del proceso cognitivo. *Ibid* Barcelona P (1996). Pág. 125



Ana María Olivos

instrumentos para la re-definición de los vínculos sociales : Por unas ocupaciones socialmente útiles.

Este es el primer ámbito donde el proyecto de un nuevo vínculo social, hace necesario, imponerle al sistema imperante la creación de un empleo solidario y universal .

Se está de acuerdo en que ni hoy ni presumiblemente en las próximas décadas podrá haber pleno empleo para todos los ciudadanos. ¿Quiere esto decir que sólo nos resta la solución asistencial para conseguir suplir las condiciones del desempleo y hacer de esta situación un ámbito más tolerable?. En realidad las políticas actuales de subsidio al desempleo o de asistencia a la precariedad y pobreza, como ocurre en los países de occidente, no parecen tener más objetivo que aliviar las

consecuencias provocadas por la carencia de trabajo.

Pero el caso es que trabajo no falta. Si en estos momentos se quisiera atender eficazmente a las carencias reales en el terreno de la cultura, de la sanidad preventiva, de la calidad de la enseñanza, de la cooperación con zonas de la tierra menos desarrolladas, de atención a antiguos y nuevos colectivos no suficientemente atendidos (minusválidos, población anciana), servicios sociales en régimen de comunidades autosuficientes y autogestionadas; serían necesarios tantos puestos de trabajo como los que se han perdido por las reconversiones o por la introducción incontrolada de las nuevas tecnologías. Y muchos más puestos de trabajo serían necesarios si es planificada la atención a nuevas necesidades culturales que necesariamente irán apareciendo. Daniel

Bel, en su estudio sobre la cultura del capitalismo, llega a afirmar que con las nuevas tecnologías ningún país debería tener índices de pobreza. Dice textualmente: «Una mayor productividad genera más riqueza, que es lo que se necesita, precisamente para pagar nuevos trabajos en nuevas áreas que satisfagan otras necesidades del ciudadano. Hoy en día, ninguna sociedad, ningún país, aunque parezca lo contrario, está condenado a tener bolsas de desempleo y mucho menos con las nuevas tecnologías, que lo que hacen es solucionar problemas antes insolubles»¹³. Cuestión que evidencia que incluso los países más avanzados, están hoy todavía muy lejos de tener cubiertas todas sus necesidades.

13 Ver Bel Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza Editorial. Madrid 1977. Pág. 70 y ss

Tengamos presente que las necesidades culturales, lo mismo que las ocupaciones socialmente útiles, deben estimularse, planificarse, a través de unos valores que hoy todavía no existen, salvo en personas o en grupos muy reducidos, y a través de otras políticas culturales y educativas. Si se acepta la necesidad y el compromiso de atender eficazmente a estos nuevos ámbitos ocupacionales cabe afirmar que, si bien una política de pleno empleo es, todavía, algo utópico, no lo es una política que garantice la «plena actividad». Comunidades, familias, vecindad deberán ser nuevos núcleos de trabajo y de producción. El trabajo, el ocio creativo deberán combinarse de forma libremente escogida. Nadie podrá verse excluido del ejercicio de alguna actividad productiva o socialmente útil.

Acaso la salida debe procurar la producción de bienes en condiciones de no-competitividad.

Pero «no hay dinero», se dice repetidamente, para atender a esas necesidades y para promover otras ocupaciones «socialmente útiles». Los expertos en la materia, siguiendo a Bell, nos advierten que el incremento espectacular de la productividad, gracias a la introducción de las nuevas tecnologías, permitiría encontrar sobradamente instrumentos de financiación, si hubiese una voluntad política, fiscal y cultural diferente a la que impone el imperio del mercado total.

Este es el primer ámbito donde la apuesta por un nuevo proyecto de sociedad se hace necesaria frente a la impotencia y mezquindad del pragmatismo del sistema. Y todo ello, si hubiese voluntad política y cultural, tiene ya unas concreciones y propuestas posibles que bien planificadas podrían introducirse poco a poco. A esto se refieren la propuesta que sigue.

Hacia una nueva comunidad: participativa y descentralizada

Todo proyecto con valores solidarios supone un no rotundo al tipo de tejido social polarizado, dualizado, incomunicado que hemos tenido ocasión de contemplar y analizar en este ensayo. Conviene decirlo con claridad, la opción por un tejido social plenamente solidario supone, en cierta medida, una ruptura con el modelo social y político actual. Deberá irse hacia formas de participación muy de base, a formas de descentralización, de desjerarquización, en donde las relaciones verticales dejen de existir para dar paso a relaciones plenamente horizontales. Tal proyecto debe incluir formas de convivencia mucho más autosuficientes que las actuales, en el terreno cultural, de servicios sociales, incluso en algunos ámbitos de la producción.

Esto, desde luego, no va a ser nada fácil, porque se enfrenta a nuestras inercias, a nuestra cultura de la pasividad y de la

despersonalización. Será difícil para los mismos partidos e instituciones políticas tan anclados en los valores jerárquicos y propios de la vieja sociedad industrial. Será difícil para los sujetos históricos clásicos, algunos de ellos anclados, también, en reivindicaciones propias de una sociedad y de una problemática cultural que ya no es ni será lo que ha sido hasta ahora. Un desafío más en clave de utopía, al que, por suerte, son ampliamente sensibles algunos de los nuevos movimientos sociales. Urgente responsabilidad, por tanto, para nuestros partidos políticos de izquierda, demasiado preocupados, a veces, por definir su propia identidad, pero con escasa referencia a los nuevos problemas. Es evidente que el derrumbamiento de las posibilidades colectivistas que argumentaron los países del ala socialista en Europa, pueden verse hoy derrumbadas como fruto del ímpetu del capitalismo. Pero sin embargo, el legado heredado de los imperios socialistas, a mi modo de ver, el espíritu de la tolerancia, la fraternidad y la igualdad, que aunque nunca funcionó en el orden internacional dado el principio del mercado total y la competencia sin límites, si pudo mantenerse efectivamente a través del Estado como ente regulador de la autonomía y ejecutor del derecho al bienestar de la totalidad. Pero, no

obstante, haciendo uso de las reflexiones de Idelfonso Camacho en sus textos de Economía y Moral¹⁴, apenas si hoy existe algo similar si ni siquiera organismos internacionales, comenzando por la ONU, poseen poder coactivo para obligar a que se cumplan sus resoluciones. Por eso, a ese nivel, se puede seguir hablando del predominio del «capitalismo salvaje».

En un mundo donde la inclusión ha fallado estructuralmente, como en los países periféricos, la ciudadanía está mucho menos desarrollada, así como los derechos sociales y el derecho y consecuente respeto a la vida. En un mundo donde cabemos cada vez menos, hay una crisis de ciudadanía.

Se desarrolla una lucha por la defensa de la ciudadanía. Esta situación puede conducir, en última instancia y en extremo a que los ciudadanos amenazados con el proceso de exclusión progresiva, se sientan con más derechos de estar en este mundo.

En su extremo, la historia ha demostrado que se comienza a decidir sobre la vida de una masa creciente de excluidos que, al no tener una

vinculación con el mercado en forma estructural, no tiene derechos sociales y en extremo perdieron hasta el derecho a la vida. La historia demuestra también que al derivarse el derecho a la vida de la misma inserción al mercado y no al revés, un neoliberalismo a ultranza puede desembocar en un neo-fascismo, y con ello en un sujeto histórico que puede legitimar, como señala Forrester¹⁵, un eventual paso de la exclusión hacia la eliminación sistemática de la población sobrante.

La alternativa entonces, siguiendo los planteamientos enunciados, debe por lo menos cumplir con unos principios fundamentales y unos medios determinantes: como principio primordial, el reconocimiento a la dignidad humana y a los derechos individuales, que habrán de reivindicarse a partir de la pertenencia a la comunidad humana, y no como un derivado exclusivo del mercado y dentro de los límites del éste. Este proyecto no requiere la abolición de ese mercado, sino la progresiva subordinación de su racionalidad a la ciudadanía, es decir,

con una mediación entre el interés privado y el Bien Común y a favor del último. La esencia es conseguir invertir la racionalidad económica entre todos, ya no en función de los intereses privados, sino en beneficio de la ciudadanía.

Deberá irse hacia formas de participación muy de base, a formas de descentralización, de desjerarquización, en donde las relaciones verticales dejen de existir para dar paso a relaciones plenamente horizontales.

Esto exigirá una lectura de los derechos humanos para adaptarlos a la naturaleza específica de los pueblos, lo cual abriría el camino para una auto-determinación en la que se dejaría en manos de cada pueblo su propio destino, la gestión de sus recursos y la orientación general de su vida política, económica y cultural. En otro sentido, que todos los pueblos puedan participar en pie de igualdad en los asuntos internacionales, hasta corregir el funcionamiento de instituciones gobernadas según los intereses de los más poderosos.

En el terreno productivo y manteniendo el razonamiento, el principio deberá reconocer de destino universal los recursos de la tierra, lo

¹⁴ Ver Camacho Idelfonso, Economía y Moral, en Cuadron Alfonso (Comp) Manual de Doctrina Social de la Iglesia. Biblioteca de Autores Cristianos. Fundación Pablo VI. Madrid. 1993.

¹⁵ Ver Forrester Viviane, El horror económico. Fondo de Cultura Económica. México 1997.



Catalina Lozano P.

cual exigirá una distribución equitativa tanto de los recursos naturales como de los producidos seres humanos. Ello implicará una copropiedad de los medios de producción y/o una socialización de los mismos y para ello se requerirá un replanteamiento, como lo veíamos párrafos más arriba, de las relaciones laborales a través de la socialización de la producción. En otras palabras, y utilizando los términos de los expertos que han inspirado este documento, : «la propiedad de los bienes de la tierra estaría basada en el propio trabajo de la persona»¹⁶; lo cual querría decir que el pleno título de copropiedad en

esa empresa comprometería y le brindaría a la persona mejores posibilidades de participación en el ciclo de la producción.

Los medios en este futuro camino de auto-organización requerirán de organismos con poder suficiente para que actúen a escala internacional «de forma equivalente a como lo hace el Estado dentro de sus fronteras territoriales»¹⁷.

Esto, desde luego, no será nada fácil, ya que nuestro modelo se enfrenta a nuestras inercias, a nuestra cultura de la pasividad, a la despersonalización y

al imperio del individualismo. Será difícil para los mismos partidos e instituciones políticas tan anclados en los valores jerárquicos propios de la vieja sociedad industrial. Será difícil para los viejos sujetos históricos, algunos de ellos estancados en reivindicaciones propias de una sociedad y de una problemática cultural que ya no es ni será lo que ha sido hasta ahora. Este desafío implica la responsabilidad de todos los sectores e instituciones sociales, demasiado preocupados, a veces, por definir su propia identidad, pero con escasa referencia a los nuevos problemas de nuestra sociedad.

Sin embargo, hoy por hoy, no existe motivo para creer que las actuales políticas, bajo el

16 Op cit Camacho I (1993)

17 Op cit Camacho I. (1993)

imperio del mercado, puedan ofrecer alternativas mejores. Todo lo contrario. Es posible, sin temor a errar, que en la historia de los últimos años, los ajustes espontáneos hayan servido, en determinados momentos y para determinadas situaciones, para solucionar problemas parciales o coyunturales. A pesar de esto, es menester decir, con toda claridad, que no hay prueba alguna, en toda la historia de la humanidad, que demuestre que los ajustes espontáneos de la ley de la oferta y de la demanda hayan contribuido a fomentar o crear estructuras estables de igualdad en los diferentes ámbitos de la vida: cultural, económico o de consumo. Han servido para crear riqueza, nadie lo niega. Pero de esta riqueza sólo se han beneficiado, mayoritariamente, los grupos y sectores dominantes.

Desde luego, no todo está dicho. Este viaje por los terrenos de la utopía solo pretende abrir un camino para discutir sobre nuestra suerte. Sería peligroso, sin embargo, pensar que este intento está muy bien para soñar, pero nada más. Sería peligroso y engañoso también, hacer caso de quienes dicen que todo esto de perfilar un futuro alternativo es demasiado complejo y totalmente impredecible. O cuando dicen que plantear tales

alternativas no es sino un sueño ilusorio e ingenuo.

Por lo tanto, queda con esta reflexión abierto el debate, proponiendo con ello redescubrir nuestro orden actual e imaginar sobre la marcha la promoción de una sociedad que se aleje de la unidimensionalidad y del consumismo, y que a partir de allí, se construyan los caminos de austeridad, generosidad, gratitud, solidaridad de la comunidad que requiere nuestro futuro.

